

Del autor del *bestseller* internacional *12 reglas para vivir*

JORDAN B. PETERSON

NOSOTROS QUE LUCHAMOS CON **DIOS**

UNA NUEVA PERSPECTIVA
SOBRE LA MAYOR HISTORIA
JAMÁS CONTADA

JORDAN B. PETERSON

NOSOTROS QUE LUCHAMOS CON DIOS

*Una nueva perspectiva sobre
la mayor historia jamás contada*

Índice

<i>Frontispicio. Consolación de la carroña</i>	13
<i>Presagio. El susurro de una brisa suave</i>	17
1. En el principio	39
1.1. Dios como espíritu creativo	39
1.2. El espíritu del hombre en el punto más alto	46
1.3. Lo real y su representación	50
1.4. Eva a partir de Adán	63
1.5. A imagen de Dios	70
2. Adán, Eva, orgullo, autoconsciencia y caída	83
2.1. La imagen de Dios en el jardín eterno	83
2.2. Orgullo frente a orden moral sagrado	88
2.3. Adán incompleto y la llegada de Eva	97
2.4. Los pecados eternos de Eva y Adán	100
2.5. La serpiente eterna	106
2.6. El sufrimiento desnudo como fruto del pecado	112
2.7. La pérdida del paraíso y la espada encendida	125
3. Caín, Abel y el sacrificio	141
3.1. La identidad del sacrificio y del trabajo	141
3.2. Los hermanos hostiles del bien y del mal	151

3.3. La formación sagrada del patrón político	159
3.4. El buen pastor como líder arquetípico	162
3.5. El sacrificio que complace a Dios	169
3.6. Poseído creativamente por el espíritu del resentimiento	173
3.7. Humildad y fe contrapuestas a orgullo, desesperación e ira vengativa	189
3.8. Fratricida y peor que fratricida	201
4. Noé: Dios como la llamada a prepararse	219
4.1. Gigantes en la tierra	219
4.2. Pecado y regreso del caos	221
4.3. Salvación gracias a los sabios y restitución del mundo	229
4.4. El hijo descreído condenado a la esclavitud	249
5. La torre de Babel: Dios frente a la tiranía y el orgullo	257
5.1. Lucifer y los ingenieros	257
5.2. El orgullo y la caída, bis: descenso al infierno mismo	278
5.3. La incapacidad para entendernos los unos a los otros	287
5.4. O Dios, o si no...	298
6. Abraham: Dios como vigorosa llamada a la aventura	313
6.1. En marcha	313
6.2. El diablo en la encrucijada	338
6.3. La vida como una secesión sacrificial	343
6.4. Sexo y parasitismo	347
6.5. Sacrificio y transformación de la identidad: Abram, Sarai y Jacob	358
6.6. Con los ángeles al abismo	373
6.7. La cúspide del sacrificio	390
7. Moisés I: Dios como el temible espíritu de la libertad	401
7.1. Los judíos como transeúntes rechazados y esclavos	401

7.2. El árbol fiero como revelación del ser y el devenir	407
7.3. El regreso al reino tiránico	423
7.4. De regreso a la tierra de las apuestas redobladas	432
7.5. El inevitable interregno del caos y el espíritu que guía	447
7.6. El Estado subsidiario como alternativa a la tiranía y la esclavitud	467
7.7. Los mandamientos como revelación explícita de la costumbre	478
8. Moisés II: hedonismo y tentación infantil	499
8.1. Materialismo y celebración orgiástica	499
8.2. El restablecimiento desesperado de la alianza	506
9. Jonás y el abismo eterno	567
9.1. Jonás se arrepiente de su virtud	592
<i>Conclusión</i>	599
<i>Notas</i>	613

1

En el principio

1.1. Dios como espíritu creativo

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

Génesis 1:1-2

¿Cómo se presenta a Dios en el inicio del gran Libro del Génesis? Como un espíritu animado: creativo, móvil y activo; algo que hace y que es. Dios es, dicho en pocas palabras, un *personaje*, cuya personalidad se va revelando a medida que avanza el relato.

El Génesis empieza con una confrontación. Dios «se mueve» sobre la faz de las «aguas». ¿Qué significa ese «se mueve»? Significa que Dios es móvil, obviamente. De manera menos obvia, *mover* es lo que decimos cuando nos ha impactado algo profundamente, en el sentido de *conmover*. Dios es lo que nos encuentra cuando surgen y se conforman nuevas posibilidades. Dios es lo que encontramos cuando somos movidos a las profundidades. Entonces: ¿qué significa *aguas*, sobre todo las aguas que Dios aún no ha creado? Son el antiguo *tehom* o el *tohu va bohu* hebreo: el caos, lo potencial; lo que acecha, pero aún no ha sido revelado, dado que el agua es condición previa para la vida, pero también

alberga lo desconocido en sus profundidades. Así pues, Dios es el espíritu que se enfrenta al caos; que se opone al vacío, a lo profundo; que voluntariamente da forma a lo que aún no se ha materializado y se abre camino en el horizonte del futuro, siempre en transformación. Dios es el espíritu que engendra los contrarios (luz/oscuridad; tierra/agua), así como las posibilidades que surgen del espacio que se da entre ellos:

Luego dijo Dios: «Haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe las aguas de las aguas». E hizo Dios un firmamento que separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento. Y fue así. Al firmamento llamó Dios «cielo». Y fue la tarde y la mañana del segundo día. Dijo también Dios: «Reúnanse las aguas que están debajo de los cielos en un solo lugar, para que se descubra lo seco». Y fue así. A la parte seca llamó Dios «tierra» y al conjunto de las aguas las llamó «mares». Y vio Dios que era bueno.

Génesis 1:6-10

Dijo luego Dios: «Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche, que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y sirvan de lumbreras en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra». Y fue así.

Génesis 1:14-15

¿Cómo podemos nosotros, en términos humanos, entender este primer encuentro con Dios? ¿Qué es Él y a qué se enfrenta? Imaginemos, por un momento, a qué nos enfrentamos cuando despertamos por la mañana. Nuestra atención no se dirige a los objetos que nos rodean —a la realidad banal de los muebles de nuestro dormitorio—. Lo que hacemos es pensar en los retos y las oportunidades del día. Quizá sintamos algo de ansiedad, porque sencillamente son demasiadas las cosas que debemos abordar.

Quizá (ojalá) nos encontremos en una mejor situación y tengamos ganas de ir al encuentro de las oportunidades que se presenten. Nuestra conciencia —nuestro ser— sobrevuela el potencial que nos ofrece el nuevo inicio de la mañana de una manera similar a las condiciones y al proceso mismo de la creación tal como se plasman en los versículos iniciales de la Biblia: una creación que continúa con cada mirada que dedicamos y cada palabra que pronunciamos. A través de la conciencia procesamos el dominio del ser posible: el devenir. Ese es el ámbito que inspira esperanza, en nuestra aprehensión de las cosas positivas que hay por delante, pero también ansiedad, ante la espantosa incertidumbre de la vida.¹

He aquí otra manera de entender nuestra confrontación con la posibilidad. Imaginemos un objeto. Y ahora, imaginemos que hay un espacio que rodea ese objeto y que consiste en aquello en lo que podría convertirse a medida que el tiempo progresa y el contexto cambia. En condiciones normales, el estado futuro más probable de un objeto conocido —una botella, un bolígrafo, el sol— puede predecirse a partir de su estado actual. Sin embargo, por un malvado giro del destino, o por un cambio radical de meta, esas ataduras pueden deshacerse y la posibilidad no revelada del objeto manifestarse. En un bar de pendencieros, una botella puede convertirse en un arma mortífera o, rota en un arrebató de ira, llegar a ser una lanza de bordes afilados. Un bolígrafo puede convertirse en un dispositivo capaz de garantizar la vida misma si se inserta en la tráquea de alguien que está a punto de asfixiarse. El sol puede convertirse no en el garante de vida y luz estable y predecible que define los días y las noches que habitamos, sino en la fuente de una tormenta solar que avería la red eléctrica de la que, con tanta fragilidad, dependemos.

Es a esa amplitud de posibilidades a la que la conciencia se enfrenta, y la que asimila, cuando aprehende el mundo y se decide a actuar sobre él. Nuestro avance en el tiempo no es, por tanto, una procesión mecánica a través del ámbito de una facti-

ciudad estable. La conciencia trata con lo que aún podría darse exactamente de la misma manera en que el espíritu de Dios trata con la profundidad vacía e informe: de la misma manera en que lo divino se enfrenta a la *massa confusa* que es caos y oportunidad, y la matriz de la que emergen todas las formas.

Dios es, asimismo, lo que (o el que) crea no solo el orden, sino, tal como se recalca reiteradamente a lo largo del libro inicial del corpus bíblico, el orden que es bueno. El primer día establece la separación entre la luz y las tinieblas (Génesis 1:3-4). El segundo, crea el firmamento, separando las aguas que están debajo, las terrestres, de las aguas superiores, fuente de lluvia (Génesis 1:6-8). El tercero, la *terra ferma* en la que habitamos se une y se separa de lo que entonces pasan a ser los mares y sobre la tierra aparecen plantas (Génesis 1:9-13). El cuarto día:

Hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señoreara en el día y la lumbrera menor para que señoreara en la noche; e hizo también las estrellas. Las puso Dios en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra, señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

Génesis 1:16-18

El quinto día aparecen los peces y las aves (Génesis 1:20-23). Toda esa creación, a pesar de su cualidad prístina o bondad, sigue ascendiendo, desarrollándose más, tal como se indica en el sexto y último día en que Dios invoca el mundo. Los animales hacen su aparición (Génesis 1:24-25) y finalmente el hombre y la mujer:

Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los

creó. Los bendijo Dios y les dijo: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra».

Génesis 1:26-28

En esa creación final, Dios parece haberse extendido más allá de todo lo que ha logrado antes. Emite el siguiente juicio: «Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana del sexto día» (Génesis 1:31). ¿Qué significa eso? Significa, en primer lugar, que Dios no solo se enfrenta al caos y a la posibilidad y les da forma, sino que lo hace con una intención y un resultado benévolos. Dios se presenta como el proceso o el espíritu guiado por la meta de que todas las cosas existan y florezcan; en una palabra, el espíritu guiado por el amor. Esa secuencia de la creación significa, en segundo lugar, no solo que la vida deba manifestarse y se manifieste de manera más abundante, sino también que lo hará en la espiral ascendente constante —de «bueno» a «bueno en gran manera»— que podría servir como definición misma de *cielo*. Esa es la escalera de Jacob, el proceso que, eternamente, hace que todo sea como debe ser, pero que de alguna manera también mejora, halla nuevos caminos a órdenes superiores de verdad, belleza y bondad.

La creación culmina con la del hombre y la mujer y es específicamente su creación la que se considera «buena en gran manera». Los dos primeros seres humanos, y los hombres y las mujeres en general, son, así, avatares del propio Dios, siendo Él el espíritu creativo que infunde orden en el ser desde el caos y la posibilidad, y el hombre y la mujer el microcosmos de ese espíritu, similar o incluso idéntico en esencia, encargado de reiterar para siempre el proceso creativo. Difícilmente cabría imaginar una concepción más optimista de la realidad. Ni podría ser mayor la importancia de la insistencia de Dios. Esa descripción del proceso creativo —plasmación de la acción del Verbo, orientada al bien— es también una declaración de pri-

meros principios: los principios mismos a los que hombre y mujer son llamados de inmediato a someterse y a acatar. La narración bíblica nos asigna a cada uno de nosotros un valor que nos sitúa en la cúspide misma de la creación; un valor que es bueno en gran manera en un cosmos que es bueno; un valor que supera toda evaluación terrenal (dado nuestro reflejo de la propia imagen de lo divino). Hay que entender que es cuestión de definición. La estaca clavada en la tierra en torno a la cual todo lo demás debe girar se establece sobre el valor divino de la humanidad y ha de considerarse inamovible, sacrosanto, inviolable: sagrado. Esa es, nada menos, la descripción del orden moral implícito en el propio cosmos, reflejo de la naturaleza de Dios, del hombre y de la mujer, y de los cimientos sobre los que se asienta la idea de derechos intrínsecos y responsabilidad soberana.

¿Nos creemos ese relato? ¿Nos creemos lo que declara y supone? En primer lugar, ¿qué significa creer? Sin duda, actuamos, individual y colectivamente, como si fuera cierto, al menos cuando nos comportamos como debemos —al menos cuando actuamos genuinamente en el mejor interés para nosotros mismos y para todos los demás—. Tratamos a la gente a la que queremos (e incluso a aquellos a quienes odiamos) como si fueran centros indefinidamente valiosos de conciencia creativa, capaces de avanzar y crear el mundo que depende de sus hallazgos. Es el hecho de esa identidad y ese ser supremo el que obstaculiza eternamente las aspiraciones a un poder enloquecido de toda organización, sociedad o Estado que se atreva a amenazar la soberanía individual. Sensatos e insensatos por igual harían bien en dar las gracias al Señor por ello.

Profundamente ofendidos, objetamos si alguien no nos trata como corresponde a un hijo de Dios —esto es, si alguien no nos trata como si importáramos de veras—. De la misma manera, nosotros ofendemos si tratamos a los demás como si estuvieran por debajo de nosotros; como si fueran menos que los seres conscientes de valor divino de cuya experiencia depende, algo

misteriosamente, la realidad misma. Incluso si la historia que nos contamos a nosotros mismos en este mundo actual cada vez más ateo, materialista y basado en hechos se da en escéptica contraposición a esa creencia, aun así creemos, en tanto en cuanto expresamos esa ofensa, ya sea como sus causantes o como sus receptores. Ningún hombre que diga no creer en el libre albedrío, o incluso en la propia conciencia, se atreverá a tratar a su mujer como si ella careciera de ambas cosas. ¿Por qué no? Porque si lo hace, se desata el infierno. ¿Y eso por qué es así? Porque la presunción de valor intrínseco refleja una realidad que es lo bastante profunda —lo bastante «real»— como para que negarla resulte peligroso en la práctica. Y, si esa presunción resulta tan absolutamente necesaria, ¿cómo no va a ser verdad? Y si esa presunción que estructura todas nuestras interacciones es la aceptación o la dramatización del valor trascendente del individuo (incluso de nosotros mismos), entonces, ¿de qué manera no «creemos» que ese valor sea real? A un nivel más profundo, cabe preguntar: ¿en qué punto debe admitirse que una «ficción necesaria» es verdad precisamente en proporción a su necesidad? ¿No sucede que lo que es más profundamente necesario para nuestra supervivencia es la esencia misma de lo que es «verdad»? Cualquiera otra forma de verdad va en contra de la vida y una verdad que no sirva a la vida es verdad solo según un criterio que en último extremo es contraproducente; y, por tanto, no es fundamentalmente «verdad».

En este punto del relato del Génesis, Dios como personaje apenas nos ha sido presentado. A pesar de ello, esas frases iniciales, de una riqueza inagotable, describen la naturaleza esencial del orden cósmico: la existencia de un proceso que transforma el caos y la posibilidad en el orden habitable que es bueno y que aspira a lo bueno en gran manera; la proclamación de que ese proceso es fundamental para esa creación y superior en ella; la afirmación de que la realidad misma depende de él; la insistencia en que los seres humanos participan y deben participar en ese proceso, y en que la posibilidad de esa participación otorga a

cada persona un valor y una responsabilidad divinos y finales. Así, el hombre, y la mujer también (tan milagrosamente, ya desde el principio), se formulan a imagen misma de lo divino. Sea cual sea la esencia que tipifica o caracteriza a todo ser humano —el espíritu mismo que lo hace a la vez humano y valioso— es directamente similar a la fuerza que transforma el vacío en el propio jardín del Edén. Todos los lugares y estados más funcionales y deseables del mundo, desde el microcosmos del matrimonio feliz a la comunidad integrada de la nación, se fundamentan tanto implícita como explícitamente en algo que se parece mucho a esa presunción. Es más (y de un modo que apuntala el punto central), la falta de esa creencia o fe transforma las relaciones y los sistemas de gobierno nefastos que el hombre también es capaz de crear en los verdaderos infiernos en los que con demasiada frecuencia se convierten.

¿Creemos? Cuando incumplimos ese mandamiento, la catástrofe acecha.

1.2. El espíritu del hombre en el punto más alto

Dios les dice a los hombres y a las mujeres de su nueva creación que deben «someter» la tierra (concretamente después de «llenarla»). Esa idea ha sido ampliamente criticada, entre otras cosas porque se amplía en el versículo siguiente, que otorga al hombre y a la mujer soberanía («potestad») sobre los peces, las aves y «todas las bestias que se mueven sobre la tierra». Los que defienden que en la posición superior debería colocarse otra cosa se oponen con vehemencia a los valores encerrados en esas palabras. Según esos críticos, no son el hombre y la mujer en relación con Dios los que deberían ser elevados, honrados y venerados. Tomemos las palabras del profesor de historia Lynn White, extraídas de su conocido ensayo *The Historical Roots of our Ecological Crisis*, de 1967:

Sobre todo en su forma occidental, el cristianismo es la religión más antropocéntrica que el mundo ha conocido. Ya en el siglo II, tanto Tertuliano como san Ireneo de Lyon insistían en que cuando Dios dio forma a Adán estaba anticipando la imagen del Cristo encarnado, el Segundo Adán. El hombre comparte, en gran medida, la trascendencia de Dios respecto de la naturaleza. El cristianismo, en absoluto contraste con el paganismo antiguo y las religiones asiáticas (exceptuando, quizá, el zoroastrismo) no solo estableció un dualismo entre el hombre y la naturaleza, sino que, además, insistió en que es la voluntad de Dios que el hombre explote la naturaleza para sus propios fines. [...] En la Antigüedad, cada árbol, cada fuente, cada arroyo, cada monte, tenían su propio *genius loci*, su espíritu guardián. Esos espíritus eran accesibles a los hombres, pero muy distintos a ellos; centauros, faunos y sirenas muestran su ambivalencia. Antes de cortar un árbol, explotar un monte o represar un arroyo, era importante aplacar al espíritu encargado de esa situación concreta y mantenerlo aplacado. Al destruir el animismo pagano, el cristianismo posibilitó una explotación de la naturaleza que no tenía en cuenta los sentimientos de los objetos naturales.²

¿Qué defiende White? Que es inmoral elevar lo meramente humano; que sea lo que sea lo que constituye el mal definido término *naturaleza* o, peor aún, *medioambiente*, este debería ponerse en primer lugar, y en el más destacado, en lugar de poner al hombre y a la mujer, a la sociedad o al bienestar humano. Esas objeciones, planteadas de manera teórica en nombre de la naturaleza suenan bien, incluso altruistas y humildes (¿por qué ese accidente evolutivo presuntuoso, el hombre, debería ocupar el centro del escenario?), pero son en realidad todo lo contrario. Si la naturaleza se sitúa por encima del hombre, de modo que todos y cada uno de los arroyos tengan su espíritu trascendente, entonces el hombre, la mujer y el niño son situados necesariamente por debajo de la naturaleza. Ello podría significar, en principio, que las maravillas del medioambiente llegarían a ser valoradas correc-

tamente. Sin embargo, en la práctica, lo que significa con demasiada frecuencia es que a los seres humanos no se les concede más atención que a las hierbas o a las ratas. Esa inversión de los valores permite no tanto la gestión de la tierra como la explotación de aquellos considerados tan poco valiosos como las formas más bajas de vida; una explotación ejercida por parte de la misma clase de gente que siempre se presta a sacar partido de esa ventaja.

Una objeción moral similar suele plantearse al mandato de poblar la tierra («fructificad y multiplicaos», Génesis 1:28). En todo caso, esa orden se ofrece en un contexto muy particular, caracterizado por el espíritu que ya ha generado el orden que es bueno y bueno en gran manera, y que sigue haciéndolo, no en poca medida, a través de la intermediación del hombre. Ello significa que la empresa humana de la creación, incluida la de la familia, debe llevarse a cabo de una manera que llene, tal como se afirma claramente en ese versículo en concreto y como queda implícito en los que lo preceden, y que refleje más verdaderamente el espíritu del Creador. El dominio del hombre sobre la tierra debe ser, por recurrir a un término que en la actualidad aparece fuertemente teñido de connotación ideológica, *sostenible*; debe hacer que lo que es bueno sea aún mejor. Nuestro planeta no ha de ser explotado de manera egoísta hasta su agotamiento, una estrategia que haría que el mandato de crecer y multiplicarse perdiera su sentido en muy poco tiempo, generacionalmente hablando. Por ello, Génesis 2:15 sitúa a Adán, el primer hombre, en el jardín eterno para que «lo labrara y lo guardase». Ese jardín es el Edén, que significa «lugar bien regado», y el paraíso (*para-daíza*), un cercado que rodea la naturaleza.³ Ese entorno optimizado es el delicado equilibrio dispuesto entre el mundo material y el orden social que mejor permite a cada persona —o, dicho más adecuadamente, a cada pareja, y después a cada familia— demarcar para sí misma un sector de la creación y posteriormente trabajar y sacrificarse para convertirlo en parte del orden de lo que es bueno o bueno en gran manera.